

VOLVER A DORAR LOS RETABLOS

Mientras don Esteban se esforzaba en cerrar las puertas de la ermita hollando los hierbajos que crecían por debajo de sus hojas, Miguel, el técnico de patrimonio encargado de la restauración de la cubierta y los retablos, se volvió oteando el apretado caserío del pueblo de sus mayores. Desde el teso que elevaba el templo hacia un sol de final de mayo que jugaba con asurar la cosecha antes de tiempo, contempló la belleza de una tierra con un pasado preñado de vida y un futuro que merecía ser más digno que su presente. El sacristán, tras comprobar que las puertas quedaron bien trabadas, lo acompañó en silencio. Ambos, estando de paso en él, se sabían hijos de un mundo que aún no estaba perdido.

—¿Sabe, don Esteban? A pesar de lo poco que vengo, con el correr de los años me siento cada vez más atado a este lugar. Siento, no sé, siento que pertenezco a él, que cada hora que paso aquí tiene más densidad que todos los meses que discurren alejado de sus roquedales y majanos. Y que mis recuerdos tienen tanta presencia, tanta fuerza, y están tan asentados en este suelo como el palomar del ejido o los soportales de la plaza.

—Aquí pasaste muchos veranos siendo crío, Miguelito. Eso no se olvida.

—Eso marca, don Esteban, créame. Con el tiempo cae uno en la cuenta de ello. ¿Son las del Pascual? —preguntó al llegarles desde el hondón de la Vegüela los balidos de un pequeño hato de borregas merinas.

—Sí. Sólo quedan esas. Los demás ya vendieron las suyas y tomaron el tren.

—Como tantos. Como hizo mi padre cuando no pudo más —en sus palabras había un deje de amargo orgullo al traerle a la memoria—. Él sí que amaba esta tierra ¡Lo que disfrutaba el hombre cuando, pasado San Antonio, nos traía a mis hermanos y a mí a pasar el verano con la abuela!

El polvo que en la distancia levantaban las ovejas camino del arroyo parecía flotar mansamente sobre los trigos ya encañados, perezosos aún para granar. Un poco más allá, las lomas alabeadas de la Dehesa Chica, salpicadas de chaparros, verdegueaban distanciando como a rivales irreconciliables la serranía, señora indiscutible del

horizonte, del labrantío y la aldea a la que éste alimentaba. A cosa de media legua, junto al charcón que espejeaba reflejando el caserón de la finca de los señores, se adivinaba una punta de vacas moruchas con sus crías. Una pareja de cigüeñas planeaba a media altura de vuelta a los nidos de la torre.

—Es hermoso. El campo, esta tierra es hermosa. ¿Qué es lo que me retiene a mí en la ciudad, don Esteban?

—Tienes hijos pequeños, Miguel.

—Por eso. ¿Qué es lo que quiero legarles al cabo? ¿Unos vagos recuerdos de un par de escapadas de fin de semana condenados al olvido cuando se hagan hombres o, como hicieron mi padre y mis abuelos, darles la posibilidad negada para muchos de formar parte de esta heredad, de este ritual de paz y de sentido? ¿Por qué esta tierra ha de ser menos de ellos que mía?

La olma añosa que hacía las veces de santero proyectaba ya una menguada sombra sobre el piso pedregoso del teso, pero ninguno de los dos hombres tenía prisa por volver a sus quehaceres. A unos cien metros por debajo de donde estaban, un pequeño pilón comido de verdines se sobraaba para recoger el quebrado hilo de agua que vertía la fuente, exhausta, vencida mucho antes de que por su peso lo hicieran las espigas de unos campos que aún aguardaban su sazón. No era así en el tiempo de las correrías mozas del que llegaría a ser arquitecto, cuando ni siquiera para Santa Ana dejaban de manar los dos caños con que entonces contaba.

Tiempo después, Miguel se engañó a sí mismo convenciéndose de que en aquel momento había tenido una revelación. No era cierto. La decisión de venirse a vivir al pueblo y echar el alma por esta bendita tierra que tan suya sentía llevaba arraigada en su corazón desde aquellas tardes en que, tras la ventanilla del tren, veía recortarse sobre el cielo de junio la espadaña de la ermita prometiéndole otro verano más de juegos y chiquilladas.

—Ea, don Esteban, vámonos, que hay mucho por hacer. Llevamos demasiado tiempo ociosos. Se acerca la fiesta del patrón y la siega no puede esperar. Hay que limpiar las caceras, apercibir las trojes y dorar los retablos. Sí, claro que sí, hay que volver a dorar los retablos...